

Desestima de la experiencia religiosa

Casiano Floristán

A lo largo de la historia de la Iglesia podemos recordar tres hechos pastorales que han influido negativamente en la transmisión de la fe: la desaparición de la comida fraterna ligada al gesto eucarístico, el tránsito del bautismo de adultos a la generalización del bautismo de niños y la pérdida de vigor comunitario cristiano, ostensible en nuestras asambleas eucarísticas dominicales sumisas y rutinarias. En los tres casos se ha diluido directa o indirectamente la experiencia personal cristiana, insustituible en la transmisión de la fe.

En primer lugar, está la desaparición de la comida fraterna ligada al gesto eucarístico. Según el liturgista J. A. Jungmann, la supresión de la cena como soporte de la eucaristía fue el cambio más transcendental en la historia de la misa. La eucaristía primitiva cristiana mantuvo hasta la segunda mitad del s. II su unión con una cena, introducida por el beso de paz, al que precedía la lectura de los relatos sobre Jesús, al principio orales y poco después escritos. Puede que la comida ordinaria y la eucaristía se separasen a causa de algunos abusos y de las indudables exigencias personales que acarreaba, como sugiere la primera carta a los Corintios. La pérdida del ágape o comida que precedía a la cena del Señor (1 Cor 11, 17-34) ha influido notablemente en la ritualización de la celebración dominical, vaci-

Casiano Floristán (Madrid), es profesor de teología y miembro del Consejo de Redacción de FRONTERA.

da de experiencia personal y de contenido social. Durante siglos se adoró una hostia consagrada que no se comulgaba, el pueblo asistía en virtud de la ley dominical a una misa que "decía" el cura y se entendía la eucaristía desde la devoción o la obligación, no como el sacramento de la justicia del reino. Todavía estamos lejos de entender y celebrar la eucaristía como un bocado y un trago de Cristo en el contexto de una comida de hermandad, donde están todos los cristianos invitados, sean cojos o mancos, pobres o marginados.

En segundo lugar, la generalización del bautismo de niños y desaparición del catecumenado de adultos incidió negativamente en la escasa importancia que tiene la profesión de fe personal. La mayoría de los bautizados no han sido evangelizados o catequizados suficientemente por la familia, la escuela o la parroquia, es decir, no han llegado a la experiencia personal de la conversión. Son católicos de herencia o de costumbre. Además, la actual generación creyente y practicante, instruida antes del Concilio, recibió una "catequesis del catecismo", propia de la cristiandad, antimoderna y preconiliar. Las generaciones formadas a partir de la década de los sesenta han recibido, salvo excepciones, una catequesis conciliar con nuevos "textos de religión", pero han crecido en una sociedad económicamente capitalista, culturalmente secular y políticamente agresiva frente al hecho religioso, con un distanciamiento creciente de la Iglesia y de sus instituciones, tanto en el terreno de las prácticas cultuales como de la moral católica. No han encontrado en las parroquias experiencia cristiana personal. Aunque se considera mayoritariamente creyente, la generación joven es poco practicante y sus criterios cristianos son a todas luces insuficientes. En todo caso, el abandono de la práctica religiosa no se explica sólo por las condiciones seculares sociales, sino por la deficiente formación recibida, sin garantías de adultez, que entraña juicio crítico y experiencia personal. La iniciación cristiana, absolutamente necesaria cuando no se es creyente por nacimiento sino por decisión personal, ha sido ignorada por la Iglesia después de la conversión de los bárbaros, al insertarse la religión en

la institución familiar y en la estructura de la sociedad como tejido cultural popular.

En tercer lugar, podemos apuntar la pérdida de vigor comunitario cristiano, ostensible en la sumisa y rutinaria asamblea eucarística dominical. Al final de la década de los sesenta, justamente después del Vaticano II, surgió una mística grupal plasmada en el fenómeno comunitario cristiano. Su origen se debió, de una parte, a la nueva conciencia de Iglesia como "communio" en su doble significado: comunidad de creyentes y comunión de Iglesias. De otra, a la oferta de participación personal del laicado cristiano y de los pobres y marginados. Hartos de la parroquial institucional sin vida, los cristianos más exigentes buscan autenticidad evangélica, experiencia de fe personal y compromiso social en otros recintos, no siempre conciliares. Si no encuentran una comunidad cristiana apta o al menos con un grado comunitario adecuado, abandonan la práctica religiosa, y con la práctica, la Iglesia y la fe.

Iglesia significa comunidad de cristianos. Por consiguiente, la vida eclesial es viva en la medida que es pujante el régimen comunitario cristiano. Ahora bien, el régimen comunitario crece y madura cuando se vive la "comunión", a saber, la comunicación y la participación con los otros y con Dios en una mesa, en una comida, en donde se experimente la vivencia fraternal cristiana. Evidentemente, la comunidad cristiana del futuro puede tener diversos niveles y variadas formas de expresión. Por consiguiente hay que crear formas de comunidad cristiana encarnadas o inculturadas, tanto en la urbe como en el mundo rural. Son peligrosas las comunidades de tipo sectario que buscan adeptos, replegadas sobre sí mismas, poseedoras de la verdad, desestimadoras del pueblo y alejadas de los pobres. El fraude sectario de la experiencia personal engañosa es muy peligroso.

El hecho más original de la liturgia cristiana y, por consiguiente, de la eucaristía es un estar juntos en apretada asamblea. Sin reunión de creyentes en asamblea no hay eucaristía cristiana genuina. Lo decisivo en la celebración eucarística no es el local,

ni la obligación, ni el presidente sino el sacramento cristiano de la asamblea, en la medida que los creyentes reunidos por la fuerza de la palabra escuchan, cantan, oran y comen en una experiencia común. La asamblea litúrgica es la comunidad cristiana concreta que se reúne para celebrar.

La asamblea, término recuperado después del Vaticano II, es el principal signo de la Iglesia, a la que se agregan los creyentes por el bautismo (al que precede o sigue una iniciación) y forman una unidad por la eucaristía (como miembros activos). La asamblea es un grupo social que se reúne para un intercambio de comunicaciones con objeto de llegar a unas decisiones, según el orden del día o de la reunión. Ha de tener los rasgos constitutivos de toda asamblea humana: presidencia ordenada, comunicación fluida, eficacia comprobada,

La catequesis de la experiencia interpreta la vida humana a la luz del mensaje

tarea educativa, ritmo adecuado, gesto compartido y pertenencia o afiliación de los miembros que la componen. Es decir, ha de posibilitar la experiencia grupal comunitaria cristiana.

Recordemos que en la primera mitad del s. XX , la "experiencia religiosa " estuvo bajo sospecha. G. Tyrrel, oriundo de Dublin, pasó del anglicanismo a la Iglesia católica, llegó a ser jesuita y terminó por romper con la Iglesia a causa del énfasis que puso en la experiencia. Fue excomulgado. Hoy ocurre al revés, se desestima todo acto pastoral que no lleve consigo una dosis elevada de experiencia. ¿Pero qué significa "experiencia cristiana"?

En los años inmediatamente posteriores al Vaticano II se produjo en la teología y en la catequesis el denominado "giro antropológico", que consistía en destacar la experiencia, entendiendo

como tal "el acontecimiento vivido y reflexionado". La experiencia tiene, al menos, dos exigencias: que lo experimentado se viva "desde dentro", sin que esto signifique un mero intimismo excluyente, y que se relacione con los hechos históricos, el compromiso social y la cercanía a una realidad injustamente alterada. Sin oír por dentro la voz de Dios en Jesucristo y el grito de los pobres y marginados no hay experiencia cristiana válida.

La catequesis no es mera divulgación del conocimiento teológico elaborado, sino apertura personal a una palabra reveladora, como confluencia de dos experiencias: la humana y la cristiana. No consiste en correlacionar la experiencia humana con la verdad revelada sino la experiencia humana con la experiencia cristiana fundamental, dada en Jesucristo. En consecuencia, la catequesis de la experiencia, por ser fiel a Dios y al hombre, interpreta la vida humana a la luz del mensaje. Con todo, algunos reducen peligrosamente este tipo de transmisión a un intimismo personal escasamente social. Precisamente en esta línea se escribió el Catecismo Holandés, publicado en 1966. Tiene en cuenta la experiencia humana actual para que, apoyada en ella, pueda escucharse hoy la buena noticia y se logre el diálogo "en la fe".